

## ¡Una nueva política sobre drogas!

La "guerra contra las drogas" liderada por los Estados Unidos y sus aliados ha fracasado de manera estruendosa; ya para nadie es un secreto que la represión como herramienta básica de lucha contra el flagelo es ineficaz. Muestra de ello es el crecimiento inusitado del número de consumidores; el aumento del volumen de los alijos incautados; la aparición de nuevos empresarios dedicados a tan lucrativo negocio expandiendo cultivos y laboratorios de procesamiento, o incrementando la compraventa de precursores; el deterioro de los valores sociales; los gravísimos atentados contra la salubridad pública y el ecosistema, gracias a absurdas campañas de erradicación de cultivos; en fin, el resquebrajamiento de las bases mismas del Estado capitalista en países como los del Cono Sur, con sus secuelas de corrupción generalizada, terrorismo, miseria y acumulación de capitales en pocas manos.

Pese a lo anterior, las políticas represivas se mantienen y cada día se hacen nuevos esfuerzos por fortalecerlas sin importar los costos que las mismas demanden, lo cual lleva al observador desprevenido a pensar una de dos cosas: o que los propulsores de tal "guerra" son los peores estrategas de la historia y poseen una ingenuidad asombrosa; o, sencillamente, que detrás de tan agresivas propuestas se esconden intereses diferentes de los declarados públicamente, y que ello sirve como pretexto para el logro de otros cometidos.

Sobre el tema mucho se ha escrito, casi siempre con el ánimo de distorsionar la realidad. El despliegue publicitario que ha precedido las tentativas de controlar el fenómeno, acorde con las pautas indicadas, es de proporciones tales, que genera en la mente del ciudadano común la idea de que los habitantes de los países de la periferia solo son traficantes desalmados a quienes debe eliminarse a toda costa, mientras que las naciones centrales están habitadas por bondadosas personas, víctimas de tan inescrupuloso mercado. Inclusive, con fre-

cuencia se asocia el fenómeno de la droga con toda ideología que pugne por una propuesta política diferente de la que las naciones ricas han diseñado para las ubicadas en estas latitudes. De este modo y según la dominante moral puritana, el espectro geopolítico del mundo actual nos muestra un planeta dividido en buenos y malos, escisión más allá de la cual no es posible hacer ninguna consideración.

No obstante lo anterior, está plenamente demostrado que los empresarios dedicados a tan nefasto negocio son de todas las nacionalidades, empezando por los norteamericanos, quienes se quedan con el mayor cúmulo de utilidades; así mismo, hay consumidores tanto en los países centrales como en los de la periferia, e inclusive en los primeros se producen diversas drogas con las cuales se inundan nuestros mercados (¡piénsese en los sicofármacos!); que no es cierta la equiparación entre disidente político y traficante, pues de ser así las agencias de inteligencia norteamericanas no habrían intervenido en el escándalo de los "contras" nicaragüenses; de igual manera, a la par que se extiende el fenómeno la industria de los precursores, que como se sabe no provienen de naciones industrialmente atrasadas, crece sin cesar. Así mismo, ahora resulta evidente que la susodicha "guerra contra las drogas" es una estrategia más de las naciones poderosas para intervenir de manera descarada en nuestros asuntos, fortalecer la discriminación y el colonialismo, extender el control social por ellas ejercido hasta ámbitos nunca imaginados; y, por supuesto, crear nuevos lazos de dependencia, opresión y sometimiento.

Así las cosas, no cabe duda de que la política vigente en esta materia es la requerida por los grandes grupos financieros y potentados, esto es, quienes se lucran con mayor intensidad del negocio y controlan las riendas del poder. Por eso, parece lógico concluir que mientras la economía mundial continúe manejada como hasta ahora, no será posible pensar en otras orientaciones encaminadas a intentar otras formas de erradicar el flagelo que hoy azota a la humanidad. Se trata de una *guerra equivocada y fracasada* desde el punto de vista de quienes creemos que la única lucha que debería librar la comunidad de naciones es la encaminada a erradicar la pobreza y las condiciones de atraso imperantes en el planeta; pero *correcta y triunfante* conforme a la perspectiva de quienes tienen otras pretensiones.

Debe entonces pensarse en asumir posturas diferentes que, seguramente, cuando las condiciones imperantes varíen de manera sustancial convirtiéndose en realidad lo que hoy es utopía, terminarán por imponerse. Por eso, una nueva política debe girar desde la represión hasta la prevención; en vez de castigar al consumidor debe presentársele asistencia como enfermo que es; el tráfico no puede seguirse enfrentando con bombas y fusiles, con crímenes ecológicos o de lesa humanidad, sino *convirtiendo en mal negocio lo que hoy es industria boyante*.

De ahí que la legalización progresiva, eliminando esa absurda distinción entre drogas lícitas e ilícitas pero igualmente nocivas, sea el camino por seguir. Debe cesar la usura en los mercados internacionales con los productos agrícolas de los países productores: el día que la coca o la amapola dejen de ser los únicos bienes

agrícolas latinoamericanos que en los últimos lustros han mostrado incremento de los precios, y ocurra ello con las frutas, el café o las flores, etc., se habrá librado una importante batalla contra la droga. Combatiendo la miseria, el atraso y la falta de asistencia social, se ataca el talón de Aquiles de la droga. Del derecho represivo como máxima herramienta de control debe pasarse a un derecho penal mínimo; antes que penas o medidas de seguridad debería pensarse en sanciones administrativas que hagan realidad una política de prevención; la droga no se combate acudiendo al autoritarismo y la deshumanización, sino respetando a cabalidad los derechos fundamentales de la persona humana, empezando por las garantías penales.

De ahí que deba rechazarse el engendro legislativo contenido en la Convención de Viena de 1988, pues arrasa con toda la tradición jurídica del mundo civilizado.

Por ello sumamos nuestras voces a las de quienes, como los colaboradores de este número monográfico dedicado al tema, postulan lineamientos alternativos en esta materia, diferentes de los imperantes. Es la hora de emprender nuevos caminos y de intentar otras soluciones.

Nuestro país, en particular, debería liderar tales estrategias que se sumen en el concierto mundial a las propuestas que ahora se debaten. Es la hora de pensar con criterio independentista, más allá de las imposiciones de las potencias y de organismos como el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional, quienes trazan directrices que una clase dirigente genuflexa ejecuta desde instancias gubernamentales en nuestras naciones. Ojalá, en un futuro no muy remoto, podamos diseñar nuestras propias directrices en materia económica y política y, por supuesto, en el ámbito de las drogas.

FERNANDO VELÁSQUEZ V.  
Director